



# LECTIO DIVINA

*Por Fabiana Marges*

**L**ectio Divina es la lectura orante de la palabra de nuestro Señor en la Biblia. Se traduce como Lectura Divina o Lectura de Dios. Esta práctica tiene su raíz en la misma Palabra del Señor, como nos recuerda el Deuteronomio en 30,14: *“la Palabra está muy cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, para que la practiques”*.

La expresión latina se adjudica a Orígenes (185 d.C), quien dice que para leer la Biblia con provecho, es necesario un esfuerzo de atención y asiduidad: *“Cada día, tenemos que volver a la fuente de la Escritura. Y lo que no se consigue con el propio esfuerzo, debe ser pedido en la oración. Pues es absolutamente necesario, rezar para comprender las cosas divinas. De este modo llegaremos a experimentar lo que esperamos y meditamos”*.

Esta práctica la realizan los cristianos desde sus comienzos, aunque en el siglo XII fue organizada en cuatro pasos o peldaños de una escalera: lectura (*lectio*), meditación (*meditatio*,

entendida como reflexión), oración (*oratio*) y contemplación (*contemplatio*).

Se atribuye a Guigo II, un monje de la orden de los cartujos, una carta en la que recoge y organiza con claridad y sentido didáctico, la oración tradicional de los monasterios occidentales en estos cuatro pasos; hacia el año 1150. Esta práctica se difunde durante el siglo XIII, con las órdenes mendicantes como los franciscanos y los dominicos; que se inspiraron en la Palabra de Dios pero a la vez la pusieron al servicio del prójimo a través de las obras.

### **La Escalera y el doble significado de los cuatro pasos**

Guigo II presenta una escalera simbólica de cuatro escalones o pasos espirituales ligados causalmente unos con otros como la trayectoria espiritual de la tierra al cielo para los monjes.

En un primer sentido, los pasos son funciones dentro de la oración: *“La lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura está sujeta al error; la oración sin la meditación es tibia; la meditación sin la oración carece de frutos; la oración cuando es ferviente gana la contemplación, pero lograr la contemplación sin oración sería no sólo raro sino incluso milagroso”*. En otro sentido, cada uno de los pasos se identifica con un grado de progreso en el camino de unión con el Señor.

Podemos observar que la Lectio Divina se presenta como una práctica pedagógica, para que desde el escuchar la Palabra del Señor se suscite un diálogo con Él, hasta que por su gracia logremos conocerlo, como fruto maravilloso de ese amoroso diálogo. La lectura con atención o escucha desde el corazón es el elemento que nos despierta a la meditación, para que luego por comprensión devocional brote nuestra oración íntima y profunda hacia el Señor, la cual nos guiará a la unión con su mirada por la contemplación.

### **Resumen de la Carta de Guigo II, cartujo, a su amigo Gervasio, sobre la vida contemplativa**

El hermano Guigo a su querido hermano Gervasio:

Me he propuesto transmitirte algunas cosas que había ido pensando acerca del ejercicio espiritual de los monjes.

La lectura investiga sobre la dulzura de la vida feliz, la meditación la encuentra, la oración la implora, la contemplación la saborea. La lectura lleva a la boca comida sustanciosa, la meditación la mastica, la oración siente su sabor, la contemplación es la dulzura misma que da gozo y rehace las fuerzas.

## **I. Descripción de los cuatro peldaños de la escalera espiritual**

Cuando cierto día, ocupado en un trabajo manual, había empezado a pensar en la actividad espiritual del hombre, se presentaron repentinamente a mi consideración los cuatro peldaños espirituales: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Esta es la escalera de los monjes por la que se elevan de la tierra al cielo, compuesta en realidad de pocos peldaños, pero de inmensa e increíble magnitud. Su parte inferior se apoya en la tierra, mientras que la superior penetra las nubes y escruta los secretos del cielo. Estos peldaños se distinguen tanto por sus nombres y su número como por su orden y su función. En efecto, la lectura es la inspección cuidadosa de las Escrituras con entrega de espíritu. La meditación es la concentrada operación de la mente que investiga con la ayuda de la propia razón el conocimiento de la verdad oculta. La oración es la fervorosa inclinación del corazón a Dios. La contemplación es la elevación de la mente mantenida en Dios, que degusta las alegrías de la eterna dulzura.

La lectura busca la dulzura de la vida feliz, la meditación la encuentra, la oración la implora, la contemplación la experimenta. Buscad leyendo y hallaréis meditando, llamad orando y se os abrirá contemplando.

La lectura lleva a la boca comida sustanciosa, la meditación la mastica, la oración siente su sabor, la contemplación es la misma dulzura que alegra y recrea. La lectura se queda en la corteza, la meditación penetra en la pulpa, la oración en la petición llena de deseo, la contemplación en el goce de la dulzura alcanzada. Para que esto pueda verse con mayor claridad proponemos un ejemplo. En la lectura escucho: *“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5, 8).*

He aquí una palabra breve ofrecida como un racimo de uva para alimento del alma. El alma después de haberla examinado diligentemente, dice para sí: *“aquí puede haber algo bueno, volveré a entrar en mi corazón e intentaré si me es posible, comprender y encontrar esta pureza. Esta es, en efecto, algo precioso y deseable, alabada por tantos pasajes de la Escritura, a quien la posee se le llama dichoso y se le promete la visión de Dios, esto es, la vida eterna.”* Deseando, que se le explique esto más plenamente, empieza a masticar y a macerar esta uva poniéndola, como si dijéramos, en el lagar, después estimula su razón para indagar en qué consiste y cómo puede adquirirse esta pureza tan preciosa y deseable.

Ahora la atenta meditación da un paso más, penetra en el interior, escruta todo en detalle. Considera atentamente que no se dice: Bienaventurados los limpios de cuerpo, sino de corazón, porque no basta tener las manos limpias de malas accio-

nes, si nuestra mente no está limpia de pensamientos impuros. Después de haber considerado estas cosas acerca de la pureza del corazón, la meditación empieza a pensar en el resultado, o sea cuán glorioso y deleitable sea ver el rostro deseado del Señor.

¿Ves cuánto jugo brotó de un racimo de uva tan pequeño, cuánto fuego salió de esta chispa, cuánto se haya dilatado, bajo el yunque de la meditación, esta exigua expresión “*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*”?

Inflamada el alma por estas ascuas, roto el alabastro empieza a presentir la suavidad del perfume, aún no por el gusto, sino por el olfato y capta cuán dulce pueda ser tener experiencia de esta pureza, de la que ya por su meditación advierte llena de placer. ¿Pero qué puede hacer? Se quema por el deseo, pero no encuentra en sí el modo de tenerla y cuanto más busca, más sed tiene. Mientras se entrega a la meditación conoce también el dolor, porque tiene sed de la dulzura que la meditación le muestra debe darse en la pureza de corazón, pero no se la da a gustar. Pues el sentir esta dulzura no es del que lee o medita, a no ser que se le conceda de lo alto. Así podemos decir de Él: Él es el que da sabor a la sabiduría y la hace gustosa al alma. La palabra se ofrece ciertamente a muchos, pero la sabi-

duría del Espíritu a pocos. Dios la distribuye a quien quiere y como quiere.

Viendo, el alma que no puede alcanzar por sí sola esa dulzura deseada por el conocimiento y la experiencia, y que cuanto más se eleva ella tanto más lejano está Dios, entonces se humilla y se refugia en la oración diciendo: Señor, que no te dejas ver más que por los limpios de corazón, leyendo he investigado, meditando he buscado cómo adquirir la verdadera pureza del corazón, para poderte conocer, gracias a ella, al menos un poco. Largamente he meditado en mi corazón y en mi meditación se ha encendido un fuego y un deseo mayor de conocerte. Cuándo rompes el pan de la Sagrada Escritura, en la fracción del pan hay gran conocimiento y cuanto más te conozco, más deseo conocerte, no ya en la corteza de la letra, sino en el sentido de la experiencia. Y esto no te lo pido, Señor, por mis méritos, sino por tu misericordia.

Con estos encantos llama a su esposo. Por sus oídos atentos a las oraciones no espera a que la oración termine, e interviene en el curso de ella, se apresura a entrar en el alma que lo busca con deseo, a encontrarse con ella, bañado por el rocío de la dulzura celeste y el perfume de ungüentos preciosos. Recrea al alma fatigada, sostiene a la que está sedienta, nutre a la que tiene hambre, le hace olvidar todas las cosas de la tierra, la vi-

vifica haciendo admirablemente que se olvide de sí y embriagándola la hace sobria.

## **II. Signos de la presencia de la gracia**

Pero, Señor, ¿cómo sabremos cuándo haces esto y cuál es la señal de tu llegada?, ¿acaso no son los suspiros y las lágrimas los testigos y los mensajeros de esta consolación y alegría?, si es que se les puede llamar a eso lágrimas y no más bien abundancia desbordante del rocío interior y como ablución del hombre exterior. Así en el bautismo de los niños se representa y se indica con una ablución externa una purificación interna del hombre, así aquí, la purificación interior precede a la ablución exterior. Los gemidos y las lágrimas son los pequeños regalos, estupendos y reconfortantes, que te ha dado tu esposo. Las lágrimas son una bebida sobreabundante y son tu pan día y noche, pan, sí, que reafirma al corazón del hombre, más dulce que el panal de miel.

Pero dice el esposo: Déjame que viene la aurora, ya has recibido la luz de la gracia y la visita que deseabas. El esposo se aleja un poco, desapareciendo rápidamente. Se oculta tanto en lo que se refiere a la visión de la que hemos hablado como a la dulzura de la contemplación, pero permanece presente como guía.



Pero no temas, esposa, no desesperes, si por un poco el esposo te oculta su rostro. Todo esto contribuye a tu bien, y de su venida y de su alejamiento sacas ventaja. Viene para consolarte, se retira por prudencia, para que la magnitud de la consola-  
ción no te ensoberbezca, no sea que al estar siempre junto a ti el esposo, empieces a despreciar a las compañeras y atribuyas esta continua visita no ya a la gracia sino a la naturaleza. Se aleja, para que, al ser demasiado asiduo, no sea despreciado, y para que al estar ausente sea más deseado, más ávidamente buscado por largo tiempo y sea finalmente con más gozo hallado. Por un poco nos permite gustar lo suave que es, y antes de que lo podamos experimentar hasta el fondo, desaparece. Y así, revoloteando como con alas desplegadas sobre nosotros, nos estimula a volar. Cuando se ausenta el esposo no se va lejos, Él te ve siempre. Está lleno de ojos, por delante y por detrás. Sé, pues, casta, llena de pudor y humilde, de modo que merezcas ser visitada a menudo por tu esposo.

### **III. Recapitulación de lo dicho**

Primeramente, como fundamento está la lectura, que ofrecida la materia, te aboca a la meditación. La meditación investiga con más diligencia lo que hay que desear, y como excavando, halla el tesoro y lo muestra. Pero como por sí misma no puede alcanzarlo, nos envía a la oración. La oración elevándose

con todas sus fuerzas hasta el Señor, implora el tesoro que desea, la suavidad de la contemplación. Ésta recompensa todo el trabajo de las tres anteriores, embriagando al alma sedienta con el rocío de la dulzura celestial.

La lectura es un ejercicio exterior, la meditación una comprensión interior, la oración es un deseo, la contemplación la superación de todo sentido. El primer peldaño es del que empieza: incipientes, el segundo del que avanza un tanto: proficientes, el tercero es de quienes ya no se poseen: devotos, el cuarto es de quienes han alcanzado la paz: beatos.

Estos peldaños están concatenados y se prestan un servicio recíproco: ¿de qué sirve ocupar el tiempo en la lectura continuada, tener siempre en las manos vidas y escritos de santos, si no es también para extraer el jugo rumiándolos y masticándolos, e ingiriéndolos los mandamos hasta lo más íntimo del corazón, de modo que a su luz consideremos diligentemente nuestra vida y tratemos de realizar aquellas mismas obras de las cuales nos gusta oír hablar? Pero ¿cómo reflexionaremos en estas cosas, o estaremos atentos a no meditar en cosas vanas, si no somos antes instruidos por la lectura o bien por la escucha. Pues la escucha pertenece a la lectura. Además, ¿qué aprovecha al hombre el ver por la meditación lo que tiene que hacer, a menos que, por la ayuda de la oración y de la gracia de Dios, esté en grado de realizarlo? Pues, todo don perfecto viene de

arriba, del Padre de las luces, sin el cual nada podemos hacer, sino que Él mismo hace todo en nosotros, si bien no sin nosotros. Pues somos cooperadores de Dios. Dios quiere que le ayudemos, y que, a Él que viene y llama a la puerta, le abramos lo profundo de nuestra voluntad y le demos nuestro consentimiento.

Podemos colegir que la lectura sin la meditación es árida; la meditación sin la lectura, errónea; la oración sin la meditación, tibia; la meditación sin la oración, infructuosa; la oración hecha con fervor permite alcanzar a la contemplación; la consecución de la contemplación sin la oración es más bien rara o milagrosa.

Debemos hacer lo que a nosotros nos corresponde: leer y meditar la ley de Dios, suplicar que sea Él mismo el que venga en ayuda de nuestra debilidad y vea nuestra imperfección, lo cual Él mismo nos enseña a hacerlo: Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá (Mt 7, 7).

Cuando la fragilidad del espíritu humano no pueda soportar por más largo tiempo el resplandor de la verdadera luz, descienda ligera y en forma ordenada a alguno de los tres peldaños por los que ascendió. Deténgase alternativamente ya en uno, ya en otro, según el movimiento de la libertad interior, según el lugar y el tiempo, tanto más cercano ya a Dios cuanto más alejado del primer peldaño.

Supliquemos a Dios que mitigue hoy los obstáculos que nos apartan de su contemplación y que en el futuro los haga desaparecer. Que nos conduzca por diversos peldaños, de virtud en virtud, hasta que veamos a Dios en Sión. Allí los elegidos no gustarán la dulzura de la contemplación de modo intermitente, como gota a gota, sino que llenos por un torrente de placer incesante, poseerán un gozo que nadie les podrá arrebatarse, y una paz sin mutación, paz en Él mismo. Gervasio, si se te concede ascender a la cima de estos peldaños, acuérdate de mí, y reza por mí, para que así se corran los velos, y el que oiga diga: ¡Ven!”

*Por la Prof. Fabiana Marges  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*

---